

Lecturas:

Sal. 119:9-16; Pr. 4:10-23; Gl. 5:16-24; Lc. 17:11-19

Jesús,
Cap. Miranda,
Hohenau.**Limpios de lepra y agradecidos por Jesucristo**
(Lc. 17:11-19)**1) El ritual de purificación de la lepra y el sacrificio de Jesucristo**

En el Antiguo Testamento aparecen las leyes acerca de la lepra (Lv. cap. 13-14). Entre otras cosas dicen: “Si reconociéndolo el sacerdote ve que la erupción se ha extendido en la piel, lo declarará inmundo: es lepra” (Lv. 13:8). “Y el leproso en quien hubiere llaga llevará vestidos rasgados y su cabeza descubierta, y embozando pregonará: ¡Inmundo! ¡Inmundo! Todo el tiempo que la llaga estuviere en él, será inmundo; estará impuro, y habitará solo; fuera del campamento será su morada” (Lv. 13:45-46).

A continuación, la Ley de Moisés especifica la ley para el leproso cuando otra vez esté sano (Lv. 14:1-32). Entre las cosas que se mencionan, figuran que el leproso debía presentarse al sacerdote para ser examinado fuera del campamento, para comprobar que efectivamente estuviera sano (Lv. 14:3). Si la persona estaba sanada, entonces había una serie de rituales de purificación que se debían cumplir, como ser: ser rociado siete veces con sangre (vv. 4-7); lavar sus vestidos, afeitar todo su pelo y lavar su cuerpo en agua (vv. 8-9); y al octavo día debía presentar un cordero en sacrificio por la culpa (v. 12), que era degollado y con su sangre el sacerdote mojaba el lóbulo de la oreja derecha del que se purificaba, el pulgar de su mano derecha y el pulgar de su pie derecho (vv. 12-14).

Nos parecen raros estos rituales de purificación, pero miren lo que dice la Escritura en otra parte: “Casi todo es purificado, según la Ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Heb. 9:22). Y, ¿por qué la sangre purifica de pecado? Pues dice Dios en la Ley de Moisés: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Lv. 17:11).

Ahora bien, ¿qué dice el Nuevo Testamento con respecto a la sangre de Jesucristo, el Cordero de Dios, derramada en la cruz por nuestros pecados? Está escrito: “Pero ahora, en la consumación de los siglos, [Cristo] se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Heb. 9:26b-28).

2) El sacrificio de Jesucristo y la Santa Cena que limpian del pecado

Ya no hace más falta sacrificios por el pecado, como los del Antiguo Testamento, “porque nuestra Pascua, Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Co. 5:7). Y por eso, “si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:8-10). Por eso mismo, precisamente, es que la iglesia canta al Señor, en la liturgia de la Santa Cena, la expresión “Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo” (Jn. 1:29), expresión que está unida a esta otra frase, “¡ten piedad (o misericordia) de nosotros!” (Lc. 17:13).

¿Por qué cantamos eso? Porque en la liturgia de la Santa Comunión, o la Santa Cena, con este canto expresamos que nosotros, pobres pecadores, pobres y miserables leprosos, alzamos a Dios nuestra voz, todos juntos, como aquellos diez leprosos, pidiéndole por salvación, salud espiritual, vida, perdón y reconciliación. Y Jesús les contesta: “Vayan y muéstrense al sacerdote delante del altar, a recibir de mí mismo el santo sacramento que los limpiará y los sanará de todo mal y pecado”.

Y por eso acudimos al altar, presentándonos delante de Dios como enfermos; no como sanos; como necesitados de su gracia, no como satisfechos; como hambrientos de la justicia de Cristo, no como hinchados de nuestra propia justicia; como pobres, para ser hechos ricos de la misericordia del Señor; como gente sola y desamparada, para ser congregada por Jesús alrededor de su mesa de comunión, formando así parte de una misma familia, la familia de los hijos de Dios, la iglesia cristiana. Todas estas son las grandes y maravillosas bendiciones que recibimos en el sacramento del altar, cuando confiamos en la promesa de Jesús que les dice: “Tomen y coman, esto es mi Cuerpo, dado por ustedes; tomen y beban todos de ella: Esta copa es mi Sangre del Nuevo Pacto, derramada por ustedes para el perdón de los pecados”.

Así que, queridos hermanos, acudir a la santa cena como si fuera un mero ritual exterior, como si careciera de significado y valor; presentarse delante del altar de Cristo como si fuera algo mecánico y vacío, sin confiar en estas palabras tuyas, realmente es un gran pecado. Mejor le sería a tal persona no acudir al sacramento, que comer y beber para su propia condenación. Porque expresamente así enseña el apóstol san Pablo: “De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir del cuerpo del Señor, juicio como y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros” (1 Co. 11:27-30). Es como si san Pablo les dijera: “Por más que participen del sacramento del altar, si no lo hacen con verdadero arrepentimiento y fe, de nada les aprovechará; al contrario, el sacramento que está dado por Dios para darles vida eterna, los arrojará a la condenación eterna. Y por eso, en vez de sanarlos de su lepra espiritual todavía hay entre ustedes quienes permanecen espiritualmente enfermos”.

Por lo tanto, ustedes deben estar atentos, y no abusar de la Mesa del Señor, o la Santa Cena, como si fuera apenas un ritual vacío, cuando en realidad es el propio Jesucristo viniendo a bendecirlos, a tener comunión personal con ustedes y darles vida e inmortalidad. “Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida” (Jn. 6:35). Y también dice la Escritura: “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7b).

3) La Santa Cena y la vida agradecida del cristiano

“Entonces, uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió glorificando a Dios a gran voz, y se postró en tierra a sus pies, dándole gracias; y este era samaritano” (Lc. 17:16). Vemos la actitud humilde de este leproso sanado. Era un samaritano, que es lo mismo que decir una persona desfavorecida y marginada por los demás, por ser extranjera. Pero este samaritano regresa a donde estaba Jesús para darle gracias por la salud restablecida. No tenía nada para ofrecerle, pero algo pudo hacer: darle gracias. Y se prostra a los pies de Jesús en señal de adoración, humildad y agradecimiento. Este hombre reconoce de quién viene la vida y la salvación: solamente de Jesucristo, nuestro Señor, de nadie más. Su vida ha sido restaurada, ahora puede volver a ser

parte de la sociedad; ya no tiene más la lepra que lo separaba del resto de las personas. Puede servir otra vez con gozo y alegría a sus semejantes.

De la misma manera, esa es nuestra respuesta después de haber recibido la santa cena de Jesús: no podemos pagarle el precio de su perdón en la cruz, que nos concede en este sacramento; no podemos pagar con dinero la salvación, que es un regalo de Dios; tampoco podemos cambiar el hecho de que luego de recibir el sacramento, seguiremos dando batalla contra el diablo y sus mentiras, contra el pecado y los vicios. Pero como iglesia que es al mismo tiempo “leprosa” (pecadora) y santa, ya que fue y sigue siendo sanada por Jesucristo, hay algo que sí podemos hacer: darle gracias por la misericordia, demostrada en este sacramento, por medio del cual Él nos vuelve a fortalecer en la fe para con Dios, y en el amor fraterno para con el prójimo.

Jesús nos alimenta con su propio cuerpo y sangre, con el pan y el vino, donándonos así su propia vida inmortal, justamente para que andemos en nueva vida. Por eso, si realmente comprendemos esto, nos daremos cuenta que, por ejemplo, es imposible para un fiel cristiano participar del Sacramento del Altar, y luego no querer perdonar al prójimo, o no desear hacer las paces con él; no es posible participar de la santa cena, pero no querer llevar una vida de servicio al prójimo, en gratitud al amor de Jesús; no es posible querer recibir del Señor sus dones, pero no querer usar los dones recibidos del Señor para servir al hermano, y a la iglesia del Señor.

Por eso, queridos hermanos, tenemos que revisar si en nosotros hay algunas de estas incoherencias. No sea que seamos contados, no como aquel uno que volvió a Jesús para agradecerle; sino que el Señor no cuente como parte de aquellos otros nueve que recibieron el beneficio de ser curados, pero que no volvieron para darle gracias: “Jesús dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están?” (Lc. 17:17).

Es verdad que aflojamos en nuestro servicio al Señor Jesús en ciertos momentos de la vida, cada uno en su respectiva vocación. Pero en la santa cena Jesucristo mismo nos recuerda cuánto nos ama, y la paciencia que tiene para con nosotros, la iglesia cristiana. Por eso él mismo les dice, que cuando participen del sacramento, “Hagan esto, todas las veces que beban, en memoria de mí”. Y lo dice para que recobremos el ánimo, el valor, la lealtad y el compromiso para con Él y la verdad de su santa Palabra, poniendo la mirada en su cruz y su resurrección; para que así seamos cristianos valientes, consagrados, con esperanza renovada, por haber sido fortalecidos en lo más íntimo de nuestro espíritu con la gracia de Dios en Jesucristo.

Así que, cuidense mucho de la falta de gratitud a Dios, que se demuestra en el acto desconsiderado, descortés y negligente, de no comprometerse en el servicio cristiano (guardado los mandamientos cada uno en su vocación y estado en la vida), para seguir llevando una vida egoísta y vacía. Al contrario, seamos como aquel samaritano agradecido, y a quien el Señor bendijo, diciéndole: “Levántate, vete; tu fe te ha salvado” (Lc. 17:19). Amén.